



ELVO EDITORIAL • NARRATIVA
INFO@ELVOEDITORIAL.COM
WWW.ELVOEDITORIAL.COM

PRIMERA EDICIÓN, NOVIEMBRE 2021

© MARTA VILLADA
© ELVO EDITORIAL
© DISEÑO CUBIERTA Y MAQUETACIÓN: DANIEL MOSCUGAT
© FOTOGRAFÍA: MARTA VILLADA
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

DEP. LEGAL: MA 1266-2021
ISBN: 978-84-121247-9-8

GRACIAS POR COMPRAR LA EDICIÓN AUTORIZADA DE ESTE LIBRO. POR FAVOR, NO ESCANEE, REPRODUZCA, DISTRIBUYA O FOTOCOPIE NINGUNA PARTE DEL MISMO SIN PERMISO DE LA EDITORIAL. DE ESTE MODO ESTARÁ RESPALDANDO A LOS AUTORES Y PERMITIRÁ QUE EDITORIALES INDEPENDIENTES, COMO LA NUESTRA, CONTINÚE PUBLICANDO LIBROS COMO EL QUE TIENE EN SUS MANOS. SI NECESITA FOTOCOPIAR, DISTRIBUIR, REPRODUCIR O ESCANEAR PARTES DE ESTE LIBRO, DIRÍJASE A CEDRO.

QUEDA PROHIBIDA, POR TANTO, LA DISTRIBUCIÓN, REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL, TRANSFORMACIÓN O COMUNICACIÓN PÚBLICA POR CUALQUIER VÍA SIN CONTAR CON LA AUTORIZACIÓN PREVIA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, SALVO LOS PREVISTOS POR LA LEY.

CUARENTA ALMAS

M. Scott





CUARENTA ALMAS

M. Scott



Aclaraciones

He creído conveniente nombrar cada uno de los diarios con un título identificativo que hace referencia al elemento principal alrededor del cual gira su argumento: Atarazanas y Casa Hogar Nuestra Señora de la Victoria.

Del mismo modo, me he permitido adornar su estructura gramatical y expresión para intentar suscitar en el lector más intriga y emoción, colaborando en la reconstrucción de las partes que faltan y de aquellas que, debido al paso del tiempo o a una letra confusa, muestran una escritura borrosa o ilegible.

Los lugares y hechos descritos en estas líneas han sido cuidadosamente tratados con el fin de servir como reflejo de la realidad de nuestros antepasados. Sin embargo, me he tomado la licencia de alterar algunos acontecimientos y los nombres de las personas que, o bien fueron testigos, o bien participaron explícitamente en ellos; a veces, con el simple objeto de cumplir un fin literario; y otras, para no faltar a la memoria de los ya fallecidos ni herir los sentimientos de los que aún viven y de sus familiares más allegados.

Prólogo

Vivir cerca de mi abuela me ofreció la oportunidad de conocer en mayor profundidad partes de mi ciudad que tenía olvidadas. Las memorias de sus habitantes, narradas tan pasionalmente por Lola, nombre de pila por el que yo solía llamarla, se convirtieron en fuente de inspiración para la creación de estos relatos.

La visita a casa de mi abuela era de obligado cumplimiento. Nada más sentir el timbre, Lola se levantaba de la butaca y echaba a andar sus cortas y rollizas piernas hasta llegar a la puerta, que mi abuelo, más ligero de andares, ya había alcanzado. Después del reglamentario y sonoro besuqueo, enganchaba su brazo con el mío para conducirme a la sala de estar, donde me sentaba junto a ella esperando a ser sorprendida por otra de sus historias.

La cercanía de los asientos me permitía reconocer su agradable perfume a jabón de pastilla y el penetrante olor a líquido de permanente, a la que a menudo sometía su corto y plomizo cabello. —Acércate más para que pueda verte y oírte bien —decía mientras cogía mi mano y la escondía entre las suyas, ásperas y ajadas. Las pequeñas discapacidades de estrabismo y sordera que padecía desde muy joven fueron compensadas con una vehemente verborrea. Avisando con un leve alzamiento de sus escasas cejas comenzaba a soltar un constante flujo de pa-

CUARENTA ALMAS

labras que, hiladas coherentemente, daban lugar a enigmáticas leyendas.

La mayoría de sus relatos se basaban en banales sucesos de la vida cotidiana dotados, acertadamente, de inesperados finales y acontecimientos repletos de extraordinaria sorpresa e intriga. Los que ahora paso a relatar despertaron en mí una notable inquietud. Por eso, deseo compartirlos con ustedes con el fin de que comprendan cómo los designios que nos rodean de forma particular rigen nuestra efímera existencia.

Algunos de los individuos de estas páginas fueron condenados a vidas que no les correspondían, pues nunca debieron nacer; otros, vivieron con la angustiosa temeridad de que sus secretos fueran descubiertos o de morir en mitad de la noche a manos de una criatura que sostenía la pesada carga de una perturbada realidad.

Mi abuela hacía eco de estas singulares crónicas basándose en el testimonio de una más que nonagenaria vecina, que decía poseer el revelador diario de todo lo acontecido. Durante el relato del mismo intercalaba otros sucesos fundamentados en las vivencias de esta misteriosa anciana a quien nunca tuve la oportunidad de conocer.

Lola tenía la capacidad de recitar largos fragmentos, poniendo así a prueba su increíble memoria, la cual vería mermada en pocos años como consecuencia del alzhéimer. Valga como ejemplo uno de los más inquietantes que tuve la ocasión de escuchar de sus labios, a los cuales dotaba de calma y astucia para dejar fluir las palabras que aguardaban suspendidas en el aire a que alguien explorase su auténtico significado:

Sentada frente a la chimenea, no tuve otra opción que dar crédito a la hipótesis de Berta, pues, inspirada por el fuego, comprobé lo fácil que resulta deshacerse de aquello que te importuna

sin dejar rastro y sin el menor remordimiento. Al fin y al cabo, Él lo ve todo y lo perdona todo.

En aquellos años era costumbre, sobre todo de las mujeres, sentarse en corrillo a pie de calle e intercambiar chismorreos, a veces, de dudosa veracidad. Sin embargo, para Lola, las habladurías de esta casi centenaria anciana dejaron de serlo cuando pudo contrastar lo que ella narraba con las memorias escritas que la anciana guardaba, y de las que nunca dio a conocer el origen, tan solo que las había recibido en abril de 1960.

Cuando murió, el 21 de junio de ese mismo año, el diario desapareció con ella, incluyendo el secreto que tan bien guardado mantuvo durante años: la enigmática procedencia del mismo.

Años después, en el funeral de mi abuela, el 30 de junio de 1987, me llamó la atención la presencia de una mujer a la que no lograba reconocer. Supuse que se trataba de la hija o nieta de alguna de las ancianas que habían acudido al entierro.

Al salir de la iglesia reparé en ella de nuevo. Aguardó a que yo atendiese a familiares y amigos para acercarse hasta mí. La mismísima nieta de la centenaria poseedora de las memorias permanecía de pie frente a mí, y su única pretensión, más que la de asistir a la misa de Lola, era la de entregarme los manuscritos que su abuela le había encomendado. Al enterarse de mi afición a la escritura y de las tan realistas crónicas de las que había sido partícipe, decidió entregármelos para que yo reconstruyese la historia.

Con tranquilidad, pero también con gran expectación, los analicé en casa para descubrir que se trataba de dos diarios diferentes que no parecían provenir del mismo autor. Aquellos sobrecogedores relatos despertaron mi curiosidad, en especial un fragmento del primero que leí:

Se dice que una figura desconocida deambula por el Centro.

CUARENTA ALMAS

La silueta de una mujer se deja ver algunas noches, dibujada en las cortinas blanquecinas que cubren las ventanas del primer piso en el ala este del edificio. Los nocturnos transeúntes aseguran haber escuchado las notas de un piano con absoluta certeza.

Tras la lectura de las primeras páginas, intuí que el propósito del autor era el de confesar y justificar los motivos que llevaron a la perturbada mente de una inocente criatura a cometer actos terribles de auténtica maldad. Estas declaraciones escritas me ayudaron a comprender otros sucesos extraordinarios a los que mi abuela se refería, a la vez que se convirtieron, al menos para mí, en la clave de los enigmas que durante años han envuelto al Centro Cívico.

Las anécdotas, que en un principio atribuí a la demencia de la senil mente de una anciana, se convirtieron en un veraz reflejo de personajes reales, cuyos nietos o biznietos yo había conocido en mi infancia, lo que transformó mi escepticismo en fiel creencia de lo que ella narraba.

Jamás he vuelto a saber de la mujer que me proporcionó las memorias, aunque puedo intuir qué fue de ella.

Atarazanas 1

Se despertó con la extraña sensación de que había obrado mal. Cerró los párpados para intentar recordar, pero miles de luminiscentes puntos brillaban detrás de sus pupilas, formando una cortina centelleante que le impedía ver con claridad. Olía a humedad, a podrido y a viejo, un tufo que le recordó a la carne en mal estado. El baile de puntos se fue disipando para permitir a Raquel mirar más allá de sus ojos.

Caminaba por un pasadizo muy estrecho; el aire le faltaba; no podía respirar. Inhaló profundamente hasta llenar sus pulmones, pero todo intento era insuficiente para aliviar la sensación de ahogo. El suelo resbalaba; se agarraba a las paredes para poder avanzar, pero los pequeños y escurridizos ríos de lodo que brotaban de ellas tan solo conseguían añadir más obstáculos a su propósito.

Sentía cómo miles de ojos la acechaban y, sin ningún indicio, se encontró rodeada de pequeños brazos que tiraban de ella hacia el interior de las paredes. Comenzó a gritar. Intentaba desesperadamente deshacerse de las extremidades que no dejaban de sujetarla y que cada vez la absorbían más. El forcejeo pareció dar resultado, y la misma energía con la que intentaba huir hizo que cayese al suelo de espaldas.

Se incorporó hasta quedar sentada. Los brazos habían desaparecido, pero entre sus manos tenía una almohada. Por debajo

CUARENTA ALMAS

de una de las esquinas asomaba un piececito. Apartó la almohada despacio. Un bebé desnudo yacía en el suelo, bocarriba, con los bracitos abiertos, los ojos amoratados y una medalla colgada del cuello. Lo cogió en brazos, no respiraba; le dio palmadas en la espalda, nada; lo zarandeó agarrándolo por los pies, pero nada podría hacerle llorar; había matado al bebé. Se desmayó.

Cuando volvió en sí, se encontraba en su cama. Estaba amaneciendo y era hora de levantarse para ir a trabajar al mercado. Miró hacia la cuna. Cogió a su recién nacido y lo acurrucó en sus brazos. Agradeció que todo hubiera sido un sueño, pero entonces, ¿por qué se sentía tan culpable?

Atarazanas 2

Raquel jamás pudo soportar el olor a pescado. El intenso y persistente hedor que expulsaban las cabezas, tripas y espinas después de haberlo limpiado le causaba náuseas. Todos aquellos desperdicios eran almacenados en un cubo que permanecía dentro del puesto hasta el cierre.

Su padre le pedía regularmente que tirase la basura, a lo que ella obedecía disgustada. Las escamas se adherían a las manos como las patas de las arañas a las paredes y, durante el camino, un hilo de sangre se filtraba por la cubeta dejando un appestoso rastro que la acompañaba hasta el nauseabundo basurero donde todos los puestos del mercado tiraban las sobras y la mercancía en mal estado.

Si su padre no la hubiese obligado a trabajar en el puesto, jamás lo hubiera hecho. Había soñado tantas veces con ser maestra. Cerraba los ojos y se veía en un aula repleta de chiquillos, una pizarra de tiza, pupitres de madera y un escritorio suministrado con carboncillos y hojas de papel para escribir.

Sentada en la banqueta, que su madre usaba para alcanzar el género del mostrador que se hallaba más alejado, Raquel recordaba con claridad el último día que asistió al colegio, justo la víspera de Nochebuena. Tenía tan solo diez años. Al principio esbozó una sonrisa, su padre no solía recogerla a la salida de la escuela ni pasar demasiado tiempo con ella. Se mostró

CUARENTA ALMAS

más cariñoso y generoso de lo habitual, obsequiándola con unos caramelos de fresa que a ella le encantaban. Papá nunca le daba dulces, mucho menos antes de comer.

La sonrisa de Raquel se desdibujó, sus ojos buscaban los de su padre intentando encontrar una respuesta a tan espléndido acto. De camino a casa le dio la noticia. No quería hacerlo delante de su mujer, a quien le hubiese gustado que la niña siguiera en la escuela.

—Te gusta el mercado, ¿verdad, Raquel? —le preguntó esperando una respuesta positiva.

—Sí... —contestó Raquel sin entusiasmo.

—Me alegro, porque desde mañana aprenderás con mamá y conmigo para saber despachar el pescado. En Navidad hay mucho trabajo.

Raquel escondió la desilusión de su rostro bajo la bufanda mullida de color celeste que había tejido con sus propias manos.

—Pero yo quiero ser maestra, papá.

—¿Maestra? Ese maldito colegio. Tendría que haberte sacado de ahí mucho antes. Ya se lo decía yo a tu madre, que tantos años en la escuela no traía nada bueno. De maestra, nada. Aprenderás el oficio, te harás una mujer y te casarás con un buen hombre —afirmó convencido.

Si papá hablaba así no había nada que hacer.

Su abuela paterna, que ayudaba en el puesto, había muerto hacía apenas un mes, y necesitaban otra mano que los ayudase limpiando el pescado y los desperdicios que dejaba.

No le quedó otro remedio. Desde aquel día, sus manos desprenderían un irritante olor del que no había manera de desprenderse. Comenzó descamando las piezas para, más adelante, aprender a eviscerarlas bajo los atentos ojos de su difunta abuela, que la visitaba a veces para dirigirla en la laboriosa faena de

arreglar el pescado. Estas apariciones la confundían y aumentaban su deseo de abandonar el puesto algún día, pero eso no ocurriría mientras su padre siguiera vivo.

No se alegró de su muerte, pero sí de la liberación que sintió al no tener que despachar ni limpiar más pescado.

El día del entierro sintió miedo. Eran las dos de la madrugada, pero no quería quedarse dormida. Sabía que, si lo hacía, su abuela, su recién difunto padre o cualquier otro espíritu de los que la rondaba vendría a visitarla para trastornar sus pensamientos. Pero el cansancio acumulado tras dos noches de velatorio consiguió que Raquel sucumbiera al sueño.

Ni su abuela ni su padre hicieron acto de presencia, pero sí las manos y brazos que, una vez más, intentaban atraparla.

—¡Dejadme en paz! ¿Qué queréis de mí? —murmuraba en sueños.

Otra vez el pasillo estrecho, la falta de aire, la almohada, el bebé.

—¡Dejadme! —gritó.

Su marido, que dormía junto a ella, se despertó sobresaltado.

—¿Una de tus pesadillas? —preguntó Carlos.

—Querrás decir mejor: mi pesadilla. No entiendo por qué se repite con tanta frecuencia —se quejó Raquel.

—Suele pasarte cuando estás preocupada por algo. Tu padre murió hace dos días; lo hemos enterrado esta mañana. Es normal que estés inquieta todavía.

—Parece tan real. Es como si quisieran atormentarme —dijo mientras se frotaba las manos, nerviosa—. Debería estar llorando por mi padre y no angustiada por mis pesadillas. Sé cómo era, pero yo lo quería. Era mi padre. Él cuidó de mí cuando mi madre murió. —Comenzó a llorar.

—Echarás de menos a tu padre, pero las cosas mejorarán.

—Carlos se incorporó y le cogió las manos—. Por lo pronto, podremos librarnos del puesto de pescado que tanto te irrita. No tendrás que soportar ese olor nunca más —dijo para animarla.

Raquel sonrió.

—Siempre quise tener hermanos, pero me alegro de no tenerlos. De lo contrario, creo que hubiese trabajado en ese puesto toda mi vida. Mi padre solo aceptó nuestro matrimonio para que no me quedase sola cuando él no estuviera.

—Ya no tienes que pensar en eso. Ahora, perteneces a la familia García, y nosotros no trabajamos el pescado, sino las frutas y las verduras, que huelen mucho mejor. —Le ofreció una sonrisa en un nuevo intento de animarla—. Anda, duérmete. —Carlos le besó la frente.

Sin duda, Raquel agradeció el cambio. No era, ni de lejos, lo que ella deseaba, pero había que echar una mano en el negocio, más aún, cuando acababa de enterarse de que otro niño venía en camino, y ya era el tercero. Su marido era hijo único y solo contaba con la ayuda de su madre y dos de sus tíos, todos ellos de avanzada edad.

Desde hacía quince años la familia García dirigía algunas tiendas en el mercado de Atarazanas, nombre que asumió de los astilleros musulmanes, llamados atarazanas, que fueron demolidos en 1870. Tras el derribo se puso en marcha la creación de una plaza de abastos, que quedó finalizada en 1879.

Los antepasados de Carlos fueron dueños de cultivos de caña de azúcar, pero la explotación que la burguesía capitalista ejerció sobre estas plantaciones dirigió a los García hacia otro tipo de comercio, el vinícola. Durante algunos años el negocio proliferó considerablemente, y el nombre de la familia adquirió una notable fama entre los vecinos y la población en general hasta que Málaga fue azotada por una crisis económica. La plaga

de la filoxera, que hundió los viñedos en 1877, acabó con la mayor fuente de ingresos de la familia García. Por aquel entonces, el padre de Carlos había muerto, y sus tíos vendieron las tierras a unos comerciantes que, tiempo después, le sacaron una gran rentabilidad. Un año más tarde, decidieron invertir las ganancias en algunos puestos del nuevo mercado de Atarazanas, que pronto abriría sus puertas.

Raquel aprendió pronto a manejar la mercancía. Ordenar las frutas y hortalizas era menos fastidioso que limpiar pescado. Al menos se había deshecho del horrible hedor que quedaba incrustado en su piel incluso después de bañarse. De lo que no había logrado librarse era de la presencia de su difunta abuela, de su padre y otras almas que seguían visitándola a menudo.

Málaga, en 1974.

Cursó estudios de filología inglesa por la Universidad de Málaga y gracias a una beca Erasmus estudió lengua y literatura inglesa en la John Moores University, en Liverpool.

En sus inicios laborales fue monitora en distintos centros deportivos, destacando entre otros el Centro Deportivo *Aqua Torcal* (hoy *Forus Torcal*). En la actualidad es profesora de inglés en secundaria.

Durante varios años ha escrito obras de teatro para su puesta en escena por alumnos dentro del ámbito escolar.

Con esta novela, *Cuarenta Almas*, hace su primera incursión en el mundo de las letras. Un más que prometedor inicio...

ÍNDICE

<i>Aclaraciones</i>	13
<i>Prólogo</i>	15
<i>Atarazanas 1</i>	19
<i>Atarazanas 2</i>	21
<i>Atarazanas 3</i>	26
<i>Casa Hogar Nuestra Señora de la Victoria 1 de enero de 1960..</i>	32
<i>Atarazanas 4</i>	37
<i>Atarazanas 5</i>	39
<i>Atarazanas 6</i>	41
<i>Atarazanas 7</i>	45
<i>Casa Hogar Nuestra Señora de la Victoria 10 de enero de 1960..</i>	48
<i>Atarazanas 8</i>	52
<i>Atarazanas 9</i>	59
<i>Casa Hogar Nuestra Señora de la Victoria 20 de enero de 1960..</i>	69
<i>Atarazanas 10</i>	72
<i>Atarazanas 11</i>	75
<i>Casa Hogar Nuestra Señora de la Victoria 5 de febrero de 1960..</i>	78
<i>Atarazanas 12</i>	83
<i>Atarazanas 13</i>	89
<i>Casa Hogar Nuestra Señora de la Victoria 15 de febrero de 1960..</i>	93
<i>Atarazanas 14</i>	98
<i>Atarazanas 15</i>	102

CUARENTA ALMAS

<i>Casa Hogar Nuestra Señora de la Victoria</i> 25 de febrero de 1960..	106
<i>Atarazanas</i> 16.....	111
<i>Atarazanas</i> 17.....	118
<i>Casa Hogar Nuestra Señora de la Victoria</i> 6 de marzo de 1960...	130
<i>Atarazanas</i> 18.....	137
<i>Atarazanas</i> 19.....	144
<i>Atarazanas</i> 20.....	149
<i>Casa Hogar Nuestra Señora de la Victoria</i> 16 de marzo de 1960...	154
<i>Atarazanas</i> 21.....	160
<i>Atarazanas</i> 22.....	164
<i>Casa Hogar Nuestra Señora de la Victoria</i> 1 de abril de 1960...	172
<i>Atarazanas</i> 23.....	179
<i>Casa Hogar Nuestra Señora de la Victoria</i> 19 de junio de 1960..	188
<i>Atarazanas</i> 24.....	194
<i>Atarazanas</i> 25.....	200
<i>Atarazanas</i> 26.....	203
<i>Casa Hogar Nuestra Señora de la Victoria</i> 22 de junio de 1960..	211
<i>Atarazanas</i> 27.....	218
<i>Casa Hogar Nuestra Señora de la Victoria</i> 21 de junio de 1987 (1ª parte).....	223
<i>Atarazanas</i> 28.....	229
<i>Casa Hogar Nuestra Señora de la Victoria</i> 21 de junio de 1987 (2ª parte).....	235
<i>Epílogo</i>	243
<i>Agradecimientos</i>	245
<i>La autora: M. Scott</i>	249



IMPRESO EN MÁLAGA, ESPAÑA.
PRINTED IN MALAGA, SPAIN.
IMPRIMÉ Á MALAGA, ESPAGNE.

